

Filosofía y prospectiva *

Dominique Lecourt ⁽¹⁾

Traducción de María Luisa Jaramillo

La interrogación por el futuro ha tomado un nuevo giro desde el día en el que se creyó encontrar en la ciencia los instrumentos para conformarla y darle una respuesta. El matemático y astrónomo francés Pierre-Simon Laplace, en el texto célebre en el que define para dos siglos el ideal newtoniano de la ciencia moderna, había forjado la ficción de una inteligencia lo suficientemente vasta para reducir

en una sola fórmula los movimientos de los cuerpos más grandes y los de los átomos más livianos. "Nada será incierto para ella, agregaba, y tanto el pasado como el porvenir estará presente ante sus ojos".

Hace medio siglo, se tuvo el sentimiento de que se disponía en adelante de medios técnicos lo suficientemente potentes para realizar el sueño de Laplace.

* Título original *Philosophie et prospective*, 1994.

1. Dominique Lecourt es profesor de filosofía en la Universidad Denis Diderot-Paris 7. Es autor de numerosas obras: *Contre la peur* (reeditada por Hachette/Pluriel, 1993). *A quoi sert donc la philosophie?* (P.U.F., 1993), *Lysenko, histoire réelle d'une "science prolétarienne"* (reeditada por Quadrige/

P.U.F., 1995), *L'avenir du progrès* (Editions Textuel, 1997), *Déclarer la philosophie* (P. U. F., 1997), *L'Amérique entre la Bible et Darwin* (reeditada por Quadrige/P.U.F., 1998), *Promèthée, Faust, Frankenstein: Fondements imaginaires de l'éthique* (Reed. Livre de Poche, 1998), *Science, philosophie et histoire des sciences en Europe*, bajo la dirección de D. Lecourt (European Commission, Bruxelles, 1998).

La vía que había indicado parecía revelarse como adecuada: la de un perfeccionamiento del cálculo de probabilidades y la de una extensión de su campo de aplicación hasta el terreno de la vida en sociedad. De la unión entre el cálculo y los procedimientos de la estadística, se creyó poder sacar la idea de una "ciencia del porvenir". Numerosas instituciones han encarnado esta idea en los Estados Unidos: la "Comisión para el año 2000" dirigida por Daniel Bell, el "Centro de investigación para el futuro" de la Rand Corporation y el "Hudson Institute" dirigido por Hermann Kahn.

Esta nueva ciencia fue bautizada con el nombre de "futurología" o "prospectiva", dos vocablos que se consideraban equivalentes. El segundo tomó la delantera rápidamente. En la lengua inglesa, estaba ligada al vocabulario de la acción: el de las operaciones de búsqueda y detección de yacimientos minerales en Inglaterra, el de los buscadores de oro en América. "Prospectiva" equivalía a "prospección". Después de hacer un rodeo por la publicidad en búsqueda de clientela (los "prospectos"), el vocablo designó, bajo la pluma de Hermann Kahn, "la ciencia de proyecciones sin sorpresa".

Extraña situación: una "ciencia" parecía deudora de su objeto por los métodos matemáti-

cos sofisticados que ponía en práctica (extrapolaciones, proyecciones y prontos escenarios y simulaciones). La consistencia de este objeto parecía identificarse con el objetivo que perseguían sus promotores, esencialmente ingenieros. Futuro o porvenir, se trataba en efecto de legitimar por la ciencia decisiones para tomar en el presente. La idea no se contentaba con realizar un sueño especulativo, ella encontraba una expectativa social muy concreta.

Actualmente ya casi no hay grandes empresas y grandes administraciones que no estén dotadas de una Dirección o de un servicio que se consagre a este tipo de estudios.

Lo mejor para juzgar la pretensión que tiene una ciencia como ésta para dominar el porvenir sería sin duda la de mirar retrospectivamente las previsiones surgidas de la prospectiva. Lo que, en el pasado cuando era presente, lo que configuraba el porvenir, ¿se presentó efectivamente? La respuesta sería cruel: nada, o casi nada, de lo que nos ocurrió de esencial se previó; nada, o casi nada de lo que se había previsto como esencial, ocurrió. Tomemos un solo ejemplo cáustico: a finales de los años cincuenta, nos interrogábamos seriamente por la sociedad de la recreación que iba a nacer con la automatización. En lugar de la recreación,

tenemos el desempleo, del cual no podríamos ni siquiera decir que es el hijo de la automatización.

Pero este tipo de burla no lleva muy a menudo sino a la dimisión intelectual, la cual en este caso consiste, por reacción, en inclinarse ante el azar o el destino.

Resulta que otra vía nos ha sido abierta desde el principio del juego. Un formidable fenómeno de olvido la borró de nuestras memorias. Un nombre la representa, el del filósofo francés y hombre de acción: Gaston Berger. Sólo nos acordamos que fue él quien introdujo la prospectiva en Francia. De hecho, creó en París en 1957 el Centro Internacional de prospectiva donde supo reunir, por su carisma, a los investigadores, ingenieros, administradores y hombres de empresa que dirigieron mucho después de su muerte en 1960, la revista *Prospective*.

Pero esta introducción de la palabra no se redujo a la importación de la cosa. Jugaba en fin de cuentas con otras resonancias semánticas: ¿"prospiciere", en latín no significa "ver de lejos"? ¿Y la palabra no había designado hasta Leonardo de Vinci lo que llamamos la "perspectiva"? Ver de lejos, no es ni ver por adelantado (prever) ni adelantarse para ver (prospectar). Se trata más bien de ajustar su

punto de vista para ver venir el por-venir, o más exactamente, para determinar lo que de este porvenir puede convenirnos o no.

La búsqueda de Berger trata expresamente de quitarle a la idea de prospectiva su interpretación positiva americana. Berger, especialista reconocido en el pensamiento de Husserl, ataca la concepción del tiempo que sostiene silenciosamente, en la parte más secreta de sus técnicas de cálculo, la pretendida "ciencia del porvenir". Proceder con extrapolaciones y contentarse con ellas, es admitir una concepción lineal y abstracta del tiempo humano. He aquí lo que convenía a la ciencia del siglo XIX, a costa de algunas graves ilusiones. Afirma que hay que admitir que tenemos que "sobrepasar la concepción demasiado estrecha de la previsión positivista, que se contentaba con prolongar el pasado en el porvenir. Mañana ya no será como hoy. Será nuevo y dependerá de nosotros".

Para hacerse entender, el filósofo se apoya en una doble constatación que todavía nos habla directamente. Las transformaciones del mundo en el que vivimos han sufrido una poderosa aceleración; el hombre efectúa allí en adelante actos irreversibles. Ayer el porvenir nos inquietaba porque éramos impotentes. Hoy nos asusta por las

consecuencias de los actos de los cuales no tenemos los medios para discernir claramente.

A la concepción lineal del tiempo se encuentra asociada la idea del comportamiento del hombre en sociedad que relaciona la racionalidad con la de un jugador de ajedrez. Ahora bien, en el juego que tenemos que jugar, "las reglas se modifican sin cesar, mientras que las piezas cambian de nombre y de propiedades durante la partida".

Si ella no quiere privarse de la ayuda de los métodos estadísticos y de los cálculos de probabilidades, la "prospectiva" concebida de esta manera no podría presentarse como una "ciencia" en el sentido en que los especialistas americanos daban a este término. Bertrand de Jouvenal lo recordará firmemente en 1964 en su libro titulado **L'art de la conjuncture**: el que prevé debe "temer que se crea que existe una 'ciencia del porvenir', capaz de enunciar con seguridad lo que será". Berger, hombre de acción, se dirigía a aquellos que conocemos como las personas que deciden para deplorar que "aplastados por tareas menores" no le quitan a su sueño sino "el tiempo de una reflexión apresurada". Los invitaba a poner en el centro de su reflexión la idea de invención, puesto que "hoy en día todo está en todas partes puesto en cuestión".

Que se quiera o no, siempre hay varios mundos posibles, de los cuales sólo uno será promovido para que exista. Lo real pues no podría considerarse como un "dato", sino que debe ser explorado, solicitado, como un campo de virtualidades. Gaston Bachelard decía, en este sentido, "el mundo es mi provocación". De los posibles, el que se realizará será, en todos los casos, aquel por el que hayamos corrido el riesgo, y la responsabilidad, de promover. La "prospectiva" aparece así como una "ética" fundada sobre una antropología. Su llamado a la vigilancia se traduce concretamente por la preocupación de descifrar en el devenir los "hechos portadores del porvenir"; por lo tanto abrirse a lo imprevisto para saber sacar de él lo mejor. Al rechazarlo nos condenamos a hacer que ocurra lo peor. Nada expone más a la inseguridad que el deseo loco de seguridad.

Lo esencial de los esfuerzos de aquellos que reivindicaban la prospectiva desde hace treinta años se dirigió hacia la búsqueda de métodos que permitieran captar lo más completamente posible en un sistema complejo los parámetros interdependientes que permitieran una descripción de la realidad. La preocupación epistemológica de un Yves Borel en **Prospective et analyse de système** (1971) es considerado como la excepción.

Empeñada en sus tareas de "aplicación", la prospectiva ha llegado a resumirse en una fórmula: "querer prever para poder actuar". Aquí escuchamos el eco muy fiel de una máxima famosa enunciada por Auguste Comte en la segunda lección del Curso de Filosofía Positiva: "ciencia, de donde resulta la previsión, previsión de donde resulta acción". Una filosofía del dominio del riesgo que concuerda con una filosofía evolucionista de la historia. El "lema" positivista —orden y progreso— no quiere del progreso sino lo que se presenta como "desarrollo del orden". El espíritu positivo no puede ni quiere pensar la tensión que opone en lo real a los diferentes virtuales, a las rupturas que pueden derivarse de ellas en los procesos, a la variedad de los ritmos que los rigen.

Incluso en Francia, el encuentro entre prospectiva y planificación en los primeros años de la Quinta República, ha contribuido a este cambio. Esto se manifiesta, por ejemplo, en la pluma de Pierre Massé que publicó en 1965 *Le Plan ou l'anti-hasard*. El recuerda que "la lógica de la investigación prospectiva es la de invertir el camino seguido por el pensamiento tradicional y de partir de la exploración del porvenir —no de un porvenir deducido, sino de una

pluralidad de porvenires imaginados". Pero agrega: "en lugar de satisfacerse con lo previsto, la prospectiva trata de imaginar, para evitar allí lo imprevisto. El imprevisto, no lo evoca sino bajo el día de la amenaza. Berger escribía contra el destino, Massé escribe contra el azar. El acento por lo menos se ha desplazado.

Los servicios prestados por las técnicas de previsión a la expansión de la tecnocracia les han valido un favor muy particular. Ellas han encubierto hoy demasiados desastres humanos para que nosotros no retomemos los caminos de la filosofía. Ciertamente, ellos no "llevan a ninguna parte", pero nos permitirían, en lo posible, ir donde queramos...

El porvenir se revela cada vez más sorprendente a medida que se presenta. ¿Hay lugar para lamentarnos? Descubrimos en realidad que el mundo encierra siempre más virtualidades, para lo mejor y para lo peor. Atrevámonos a estas líneas: si la vejez se define por el empequeñecimiento de los posibles, hay que decir que el mundo no envejece. El rejuvenece. Nosotros somos los que tenemos que saber arreglárnoslas con él. Qué alegría, puesto que iremos entonces a grandes pasos hacia nuestra juventud...